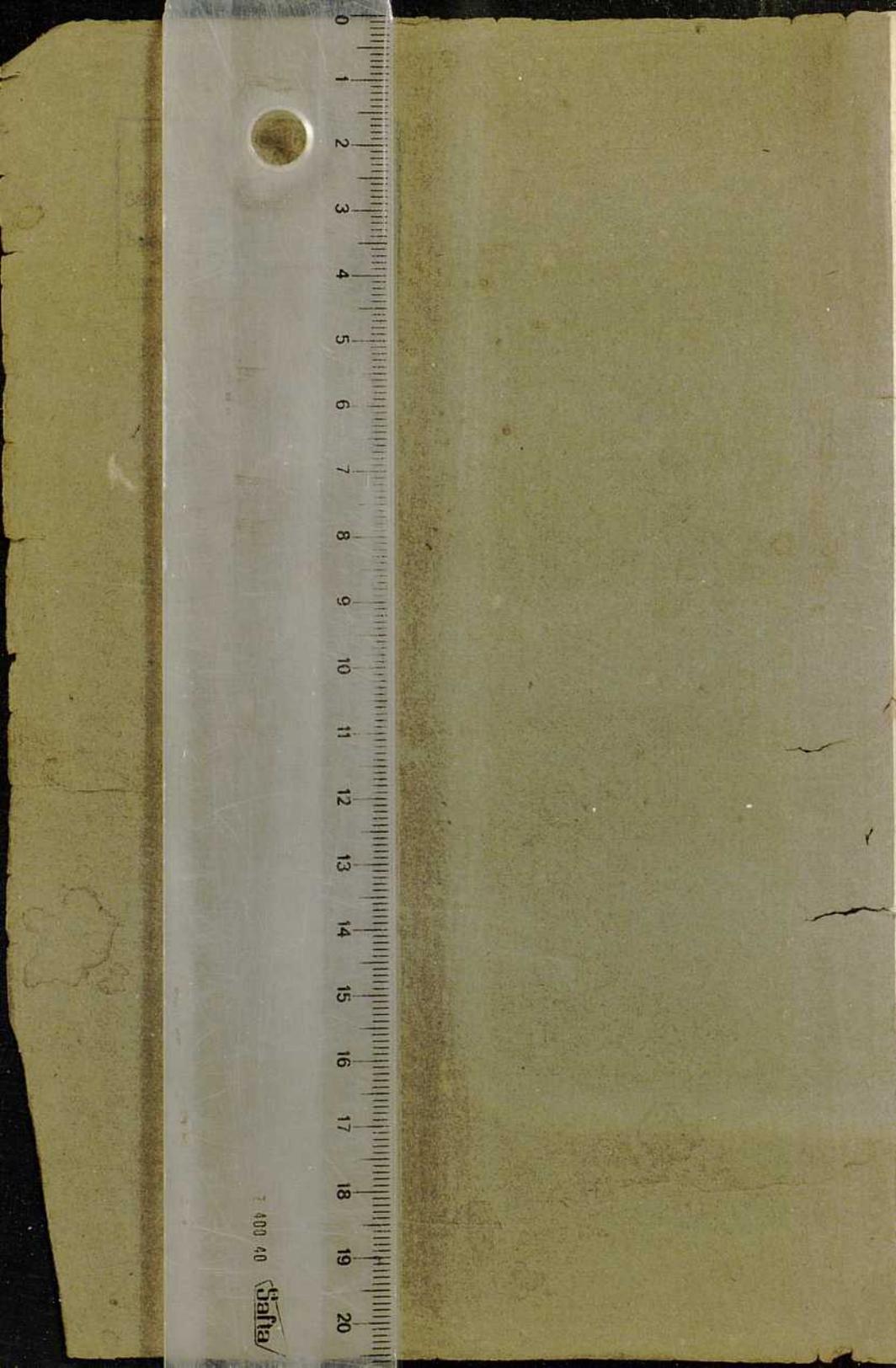


3

42



0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

7 400 40

Safia

POËMA

EN QUE SE COMPENDIA

LA VIDA DEL GRANDE EMPERADOR

DE LOS FRANCESES,

Y REY DE ITALIA,

NAPOLEON BONAPARTE:

DESDE SU NACIMIENTO,

hasta la paz de Presburgo.



GRANADA:

EN LA IMPRENTA REAL,

AÑO DE M. D. CCC. VI.

Llorente 24 SET: 91

6
001
084 (3)

POËMA

EN QUE SE COMPENDIA

LA VIDA DEL GRANDE EMPERADOR

DE LOS FRANCESES,

Y REY DE ITALIA,

NAPOLEON BONAPARTE:

DESDE SU NACIMIENTO,

hasta la paz de Presburgo.



GRANADA:

EN LA IMPRENTA REAL,

AÑO DE M. D. CCC. VI.

Alvares 24 SET: 91

C
001
084
(3)



POEMA

*Nullius est tantum flumen ingenii, nulla di-
cendi, aut scribendi tanta vis, tantaque copia,
quæ, non dicam exornare, sed enarrare, Cæ-
sar, res tuas gestas possit. Cic. pro Marcello.*

GRANADA
EN LA IMPRINTA REAL
AÑO DE 1804

INTRODUCCION.

Ó Nacion Española, á tí dedico

Este rasgo poético, pues ballas
Tanto honor, tanta gloria, y tanto lustre
En los plausibles triunfos de la Francia.

No pudo deslumbrarte astucia Isleña,
Y conociendo el fondo de la causa;
En la parte mejor tomas partido,
Y unes tus intereses, y tus armas.

Tu Armada combinada á la Francesa
Al Inglés le burló su vigilancia;
Y conocen los dueños de los mares,
Que esta union no le teme á su arrogancia.

A vista del poder surca los golfos,
Y las Islas visita Americanas,
Sabiendo resistir de valor llena
Fuerzas muy superiores que la atacan.

En Trafalgár, su honor conservar sabe;
Y si recibe golpes, hace rajas
Los Castillos del mar en que el Britano
Funda todo su orgullo, y esperanzas.

No hay duda, Nacion Noble, España Ilustre;
Que en tu union verdadera das y alcanzas.

000
Gloria que arrebatartela no puede
Ni el rencor ni la envidia mas tirana.

Tú contribuyes á coger laureles
A tu Nación amiga y aliada;
Y es preciso recibas muy gustosa
La relacion del Héroe de la Francia.

Su vida militar solo te pinto,
Y algunos rasgos de su perspicacia,
De su comprehension, de sus talentos,
Y sus discursos, con los que entusiasma.

Y pues que en sus acciones tan heroycas
La gloria y esplendor á tí te alcanza,
Es razon que en la parte que te toca
Tengas satisfaccion valiente España.

Este obsequio recibe, que aunque grande
Lo encontrarás tal vez lleno de faltas:
Yo quisiera acertar, pero es empeño,
Bastante demasiado á mi ignorancia.

La prudencia, muy propia en Españoles,
No dexa de prestarme confianza,
En que hallarán los yerros disimulo
Aunque juzguen mi pluma temeraria.

CANTO PRIMERO.

A cantar voy las glorias de un asombro
 De valor, de política y de ingenio,
 Y de un Héroe, que deben las historias
 Mirarlo original, ser el primero.

Mi Lira, arrinconada tiempo hace,
 No pensaba ponerla en movimiento,
 Y solo Bonaparte me ha incitado
 A limpiarla del polvo, y darla aliento.

Mi poca habilidad temor me causa
 Para tomar á cargo tanto empeño;
 Porque el Emperador de los Franceses
 Es á mi cortedad sobrado objeto.

Juzgo que aunque las Musas muy unidas
 Tomasen á su cargo el desempeño,
 Á pesar, pues, de toda su dulzura
 Su mérito dexaran encubierto.

Solo esta reflexion puede animarme,
 Y el advertir de todos el afecto
 Hácia un Héroe, que por oír sus glorias
 Perdonarán gustosos los defectos.

Él ha hecho á la Fama que desprecie
 El clarín que ha tocado en todos tiempos,
 Para mudar sus voces, que no alcanzan

Á dar á conocer sus raros hechos.

Él ha apagado los triunfos de Alexandro,
De Ciro, Annibal, Cesar y Pompeyo;
De los dos Escipiones arrogantes,
Del atrevido Cárlos el Sueco.

Si á Hércules fingió el error pagano
Atlante firme que mantuvo el Cielo;
La verdad hoy pregona á Bonaparte
Augusto Atlante del mayor Imperio.

Aquel grande edificio levantando
Á costa de la sangre y del sosiego,
Á no aplicar Napoleon sus hombros,
Dado hubiera, sin duda, por los suelos.

Puso terror á quantos enemigos
Á invadir á la Francia se atrevieron:
Y él derrivó de la mayor altura
Á los mismos tiranos de su seno.

Discurre sosegado; y prontamente
Pone en la execucion todo su esfuerzo:
Él habla, pues, y todos enmudecen:
Él manda activo, y le obedecen luego.

Á su disposicion nadie resiste:
Su voz es causa del mayor silencio;
Y su presencia les infunde á todos,
No tan solo el amor, sino el respeto.

Á este hombre singular, á este prodigio
De la naturaleza, le dió el Cielo

Por cuna Ayacio, demostrando un Córzo,
 Pronóstico feliz de sus sucesos.

Es el Corzo velóz, y muy sentido,
 Y así previene y descompone riesgos:
 Gracias que en Bonaparte han admirado
 Quantos han observado sus proyectos.

Bien te puedes gloriarse, Ayacio bella,
 De haberle dado al mundo tal portento;
 Porque tu nombre ya será famoso
 En la mas larga série de los tiempos.

Nació en el mes de Agosto, el mismo año
 Que los Francos la Córcega invadieron:
 Y fue el de Cristo el de sesenta y nueve,
 Contando sobre mil y setecientos.

Muy poco tiempo le logró su Patria,
 Porque en estado todavía muy tierno,
 Su corazon le impele á presentarse
 Al Teatro que el Cielo le ha dispuesto.

Intrépido á las ondas se presenta,
 Pues aunque niño no conoce el miedo;
 Y en Briene de Francia se detiene
 Solo para aprender á ser Guerrero.

En la Escuela de Marte se presenta,
 Y en ella hace rápidos progresos;
 Pues ademas de sus talentos grandes,
 Se conforma el estudio con su genio.

Da á conocer unas costumbres bellas,

Que encantan á los mismos compañeros:
 Huye del ocio, y nada ménos piensa,
 Que dignamente aprovechar el tiempo.

Esta conducta le adelanta tanto,
 Que es preferido, con razon, por ello
 Á pasar á París, adonde el curso
 Tuviese su debido complemento.

En esta Corte, tan encantadora,
 Tan llena de delicias y de riesgos,
 Conservó sus principios arreglados,
 Siempre bien ocupado, siempre recto.

Como su corazon grande se hallaba
 Lleno de los mejores sentimientos,
 Abominó el abuso de las Cortes,
 Y declaróse contra los excesos.

De la revolucion presintió el golpe;
 Pero confuso entre el inmenso Pueblo,
 No hubo lugar de que su grande alma
 Se diese á conocer, y sus talentos.

Llegó al fin ocasion que vivamente
 Mostró su actividad, valor é ingenio:
 El Cerco de Tolon fue la palestra
 Donde admiraron sus primeros hechos.

Los encargados á observar el sitio,
 No sin asombro, entre infinitos, vieron
 Á un jóven Oficial, que él solo hacía
 Lo que pudiera un Esquadron entero.

Activo siempre en el obrar lo miran:
 Sosegado lo advierten entre el fuego:
 Nada le sobresalta; entero siempre
 Desprecia los peligros y los riesgos.

En medio de cadáveres, que nadan
 En su sangre, se encuentra algun momento
 Cási solo; pero executa solo
 Lo que debieran los que estaban muertos.

¿Quien es, preguntan los Representantes,
 Ese Oficial tan jóven y tan diestro?
 Ese es Napoleon, ese es el Corzo
 Que al mismo Marte darle puede zelos.

Estos principios, dignos de alabanza
 En los fines de un hombre el mas guerrero,
 Proporcionan al jóven Bonaparte
 Mudar de situacion en otro empleo.

La fuerza armada de París le mira
 Como á su General, y advirtió el Pueblo
 Tenía disposicion bastante grande
 Para hacerse temer y contenerlo.

Sosegado París, la atencion llaman
 De la guerra de Italia los sucesos,
 Y ya, tan conocido Bonaparte,
 Para mandar sus Tropas es electo.

Preséntase al Ejército, y ve pronto
 A los Soldados, no sin desconsuelo,
 Entre rocas estériles, y faltos

De vestidos, de armas y alimentos.

Sin duda que otro espíritu que el suyo,
Se amilanara con tan triste objeto,
Y mas, quando la empresa meditada
Está llena de obstáculos y riesgos.

Sin duda, muchos mas son los Soldados
Que el enemigo tiene bien dispuestos:

Los amigos de Francia son infieles,

Y los caminos ásperos y estrechos.

Las montañas mas altas son barreras

Que hay que forzar, y los desfiladeros

Son los mas peligrosos de la tierra:

Muchos los rios, grandes los tropiezos.

Tanto embarazo el General desprecia;

Y mirando á sus Tropas con denuedo,

Soldados, dice, ya no es esta guerra

De defensiva; la invasion pretendo.

Vamos á conquistar, que aunque estais faltos

De artillería, vestidos y de sueldos,

Sois ricos en valor y en osadía,

Que es lo que basta para un triunfo cierto.

Mirad la artillería y almacenes

De los contrarios: teneis plomo y hierro;

Marchemos á encontrarlos, que muy breve

Todo lo que ellos tienen será vuestro.

¿Qué importa, pues, que el cuerpo de enemigos

Sea mucho mayor que lo es el nuestro?

No hará otra cosa que franquearnos gloria
En el instante mismo de vencerlos.

No quiere Beaulieu que le ataquen;
Lleno de presuncion viene al encuentro;
Y á pesar de sus Tropas numerosas,
Queda vencido en Montenote presto.

De muertos y de heridos aliados
El Campo de batalla quedó lleno:
Muchas vanderas cogen los Franceses,
Y dos mil y quinientos prisioneros.

¿No habéis, pues, observado algunas veces
Uracanes tan fuertes y violentos,
Que ya arrancan, ya rompen, ya destrozan
La fuerte encina y el robusto cedro?

¿No habéis mirado una preñada nube
Que aborta piedras, que vomita fuego,
Sin que se encuentre fuerza, ardid ó astucia,
Que les contenga su furor tremendo?

Así Napoleon trepa los Alpes
Con tanta intrepidéz, tanto denuedo,
Que no hay valor que resistirle pueda,
Y ni un momento solo detenerlo.

Persigue sin cesar sus enemigos:
No les dexa un instante de sosiego:
Aquí hiere, allí mata, allí derriba;
Todo lo arrolla, todo lo echa al suelo.

La Batalla en Millésimo ganada,

Le franquea municiones y sustento:
 Nueye mil prisioneros toma en ella,
 Abriéndose camino á otros sucesos.

En Mondovi consigue otra victoria,
 Que al Rey de la Cerdeña causa miedo;
 Y prontamente trata de armisticio,
 Que el Héroe concedió de bondad lleno.

Tortona y Coní cayeron en sus manos:
 Hácia el Pó se dirige, persiguiendo
 Á los contrarios, que aterrados todos,
 Nada mas piensan que marchar huyendo.

Pasa el Pó Bealieu, y se atrinchera
 Para ver si en un paso tan molesto
 Detener puede á Bonaparte, y mira
 Que el Caudillo Frances no teme riesgos.

En el mayor peligro le ven todos
 Con mas serenidad, con mas contento;
 Porque conoce entónces que su gloria
 Será mayor por el mayor empeño.

Como un rayo se arroja al enemigo;
 Lo desaloja de sus fuertes puestos;
 Le hace sufrir la pérdida mas grande,
 Y en un instante lo miró disperso.

Tiembla el Duque de Parma, que es testigo
 De unos tan grandes y admirables hechos;
 Y firma un armisticio que le dicta
 El Vencedor magnánimo y discreto.

Á los contrarios sigue Bonaparte,
 Y á la izquierda del Alda los vé puestos
 Formados en Batalla ; donde estaban
 El paso de aquel puente defendiendo.

Treinta cañones de los aliados,
 Que parecen volcan de piedra y fuego,
 Son dirigidos hácia los Franceses,
 Causándoles un daño harto funesto.

Un punto titubea la columna
 De Granaderos y Carabineros ;
 Pero el coraje que los animaba
 Volteó la Victoria en un momento.

Embiste esta columna formidable,
 Y qual torrente rápido y violento
 Arrolla quanto encuentra por delante,
 Sin hallar resistencia en ningun puesto.

Toda la artillería fue ganada ;
 El orden de batalla fue deshecho ;
 Y el Ejército vióse en un instante
 Lo que no destrozado , sí disperso.

Al Vencedor abre Milán las puertas :
 No pueden resistir tales esfuerzos
 Pizzigitone , Cremona ni Pavía ,
 Y son de Bonaparte otro trofeo.

La Lombardía , en fin , se vé sujeta
 Á este Conquistador ; pero tan presto,
 Que ántes de despertar sus habitantes,



Se ven ligados ya con sus decretos.

Aníma á nuevos triunfos á sus Tropas
Ya con proclamas, ya con el exemplo;
Y logra corazones que parecen
Formados de sus mismos sentimientos.

Pólvora y víveres en Módena recibe,
Pues por un armisticio se vió á ello
Forzado el Soberano; y parte pronto
Á Milán á buscar otros empeños.

Apénas llegó á Lódi, quando sabe
Que Milán y Pavía se han revuelto,
Y con solo un puñado de Soldados
Volvió qual rayo, y dióles escarmiento.

Habian tomado posicion bien fuerte
Los enemigos á este mismo tiempo
Á otra parte del Mincio caudaloso,
Bien guarnecido el Puente de Borgueto.

Pero ¡ha! ¡quán en vano se trabaja
Contra el que la fortuna va siguiendo!
El Héroe llega, destroza á los contrarios,
Y se apodera al punto de Valegio.

Ya los Austriacos fuera de la Italia,
Pone el Frances sus abanzados puestos
Sobre los mismos montes de Alemania:
Tomó á Verona, á Mantua hizo bloqueo.

Se apodera bien breve de Liorna;
De donde echados los Ingleses fueron:

Bolonia , y los Castillos de Ferrara,
Y Urbino , prontamente se rindieron.

Tiembla Roma al mirar cuánto se acercan
Los Estandartes Francos , y temiendo
Su total ruina , el Papa se apresura
Á firmar armisticio por remedio.

De Nápoles el Rey hace lo mismo ;
Y de Italia los Príncipes pequeños
Las paces hacen con la Francia pronto,
De admiracion y asombro todos llenos.

Lllaman á Beaulieu de Viena ;
Y Wurmser viene á ocupar su empleo
Con un refuerzo tan considerable,
Que pudiera espantar y poner miedo.

Bonaparte su Ejército , al contrario
Débil lo tiene , por destacamentos
Que tuvo que poner en varios puntos,
En conserva de Plazas y de Pueblos.

Consigue el Aleman á los principios
Ventajas del Frances ; pero muy presto
Quedó tan castigada su arrogancia,
Que hubo de arrepentirse de lo hecho.

Sale Napoleon con sus Soldados
Como un torrente , que represa haciendo,
Se rompe , y con el golpe de sus aguas
Todo lo va arruinando y destruyendo.

Lonado lo dirá , Salo , y Gabardo,

Donde son tan brillantes los sucesos,
 Que al querer describirlos, no hay palabras
 Que de ellos puedan dar conocimiento.

Aquí pareció, pues, que Bonaparte
 Se excedió á su valor y su talento:
 Lo que medita, nadie lo imagina;
 Y lo que emprende es sobre el esfuerzo.

Wurmser quiere escapar por la garganta
 Del Tiról: pero ¡ha! nuestro Guerrero
 Le ataca con tal furia, que le hace
 Abandonar por fuerza sus intentos.

Lo acobarda, lo oprime, lo destroza,
 Quando quiere salir de Roveredo;
 Y cae sobre sus manos la victoria,
 De la que no se encuentra igual exemplo.

Después de pocos dias los Franceses
 Se apoderan de la Ciudad de Trento;
 Y persiguiendo al enemigo siempre,
 Dexa laureles en todos los encuentros.

No es fácil el contar la artillería
 Y tropas que al marcharse llevó ménos;
 Pues los mejores batallones quedan
 Tendidos en el campo, ó prisioneros.

Huye Wurmser buscando posiciones
 Muy ventajosas á impedir encuentros;
 Pero al Xéfe Frances nada acobarda,
 Y al enemigo arrolla en todos puestos.

Él entra en las gargantas de la Brenta, y
 Á fuerza de valor y de ardimiento:
 Gana varias batallas y combates,
 Con que el terror á todos va infundiendo.

Puso á Wurmser, en fin, en tal estado,
 Que era preciso ya su rendimiento;
 Y la suerte de Italia decidida
 Por el Frances que quedaba sin remedio.

Pero he aquí, que en estas circunstancias
 Manda el Emperador tropas de nuevo:
 Cincuenta miles de hombres valerosos
 Traen dos Generales (*) de refuerzo.

Este Ejército marcha hácia Verona
 Para juntarse al del Tiról, mas luego
 Que Bonaparte sabe su designio,
 Rápidamente le salió al encuentro.

En el Puente de Arcóle se detienen
 Los Franceses un dia por el fuego,
 É impaciente el General entónces,
 Por animarlos presentóse al riesgo.

Á otro dia travóse la batalla
 Con furor de ámbas partes el mas terco;
 Pero, al fin, sin aliento los Austriacos
 Á los Franceses la victoria dieron.

Fue de los mas plausibles este triunfo;

(*) *Alvinci, y Dovidovic.*



Y para el lógro, todos entendieron,
 Que el valor, tan igual era en su Xéfe
 Como (sin duda alguna) sus talentos.

Con estos golpes Viena no escarmienta:
 Vuelve el Emperador á hacer esfuerzos:
 Quarenta y cinco mil Soldados manda,
 Juntos á un tren de artillería inmenso.

Es preciso admirar en este instante
 El ver á Bonaparte sin sosiego
 Corriendo á todas partes como un rayo,
 Para atender la guerra y el gobierno.

Asegura la espalda, y se presenta
 Á los nuevos Austriacos tan de presto,
 Que no saben si es Águila que vuela,
 O Corzo, que velóz trepa los cerros.

En San Miguel los bate y en Corona
 Cogiéndoles bastantes prisioneros;
 Y la batalla en Rívoli lo hace
 De los cañones y del campo dueño.

No le sirvió la astucia al enemigo
 De quererlo cercar, pues el intento
 Muy caro le costó, porque millares
 Hubo de prisioneros y de muertos.

El General Provera acometido,
 Con su columna fue apresado presto:
 ¡Heroyca accion! quando seis mil infantes
 Eran, y los caballos setecientos.

Roma la paz difiere inadvertida,
 Porque espera socorros del Imperio;
 Sábelo Bonaparte, y al instante
 Batió sus Tropas con feliz suceso.

Toma á Faenza, y evita moderado
 De las valientes Tropas el saqueo:
 Pero Roma la liga continúa
 Aun á pesar de tan heroycos hechos.

No sufre mas el Héroe de la Italia:
 Proclamas hace llenas de ardimiento,
 Sin olvidarse de la mansedumbre
 Y la benignidad al mismo tiempo.

Tambien escribe al Cardenal Mathei,
 En una carta llena de respeto,
 Que avise al Papa de que solo quiere
 La paz, y le asegure de su aprecio.

Que se mira obligado á hacerle guerra,
 Porque le engañan gentes sin acierto;
 Que las desprecie, pues pretenden solo
 Los horrores de Marte en su terreno.

Del Ducado de Urbino, y de la Marca
 De Ancona, en un instante se hizo dueño;
 Y entónces, ya mirando el desengaño,
 Solicita la paz Pio Papa Sexto.

Al General en Xéfe de la Francia
 Una carta escribió para el efecto;
 Y el Héroe, siempre grande, le responde

De sumisión y de respeto lleno.

Hecha la Paz con Roma ya, siguióse

De la terrible Mántua el rendimiento;

Corona esto de gloria á los Franceses,

Pero aun así no estaba todo hecho.

Era preciso forzar á los Austriacos

Á que hiciesen la paz, ó deshacerlos;

Y el intrépido Xefe á sus Soldados

Exórta, para entrar en el empeño.

Vosotros, pues, les dice, sois asombro

De la Italia: de triunfos estais llenos;

Y ¿habeis de consentir que los contrarios

Aun permanezcan con algun aliento?

Ea, no permitamos que un instante

Tomen respiración, á ellos marchemos,

Y miren pronto su total destrozo

En el corazon mismo del Imperio.

Tenía ya el mando del poder austriaco

Entónces Cárlos, Príncipe guerrero,

Mas sus Tropas quedaron destrozadas

Al paso del Piave y Tagliamento.

Tomaron los Franceses á Gradisca

Y á Chiusa, con un destrozo pleno

Del enemigo; y el salvarse Cárlos

Estuvo solo en el preciso tiempo.

Mientras que el Héroe glorias alcanzaba

Con tan grandes y rápidos sucesos,

Los Venecianos el asesinato

De trescientos Franceses cometieron.

¿Vistes una Leona que á sus hijos
(Pedazos de su amor) se los han muerto;

Que llena de furor corre los campos,

Y de terror y espanto llena el viento?

Así Napoleon lleno de pena

Fulmina rayos contra los perversos

Corazones cobardes, que ensangrientan

Sus manos en enfermos indefensos.

La guerra les declara, y el castigo;

Toma á Verona, y escaparon luego

Los Magistrados, contra quienes clama

La sangre del Frances á traicion muerto.

Pronto triunfó de toda la Venecia:

Hace que se disuelva su Gobierno:

Perdona generoso á los culpados

Lleno de compasion, de bondad lleno.

Al Exército Austriaco, en fin, lo bate

Por todas partes, y falto ya de aliento,

Con precipitacion su retirada

Hizo, para no ser todo deshecho.

Municiones y víveres sobrados

Abandona, con multitud de enfermos;

Y no le sirve para verse libre

Las gargantas que forma Caporeto.

Chiusa fue ganada á viva fuerza:

Cinco mil hombres, carros quatrocientos,
 Artillería, y quatro Generales
 En el poder del Héroe cayeron.

Las columnas Francesas atraviesan
 El Tiról, que siempre con respeto
 Se habia mirado, como Baluarte
 El mas fuerte y terrible del Imperio.

Los cuerpos enemigos que se encuentran,
 Arrollándolos van y deshaciendo:
 Ni de asilos les sirven los peñascos;
 Ni las rocas les sirven de remedio.

Clausen lo diga quasi inaccesible,
 En donde la derrota que sufrieron
 Fue tan terrible, que á pesar del sitio
 Quedó el que no fue muerto prisionero.

En el Tiról batido el enemigo,
 En Carniola y Carintia, á cuyo tiempo
 Tomada Clagenfurth, Ciudad muy fuerte,
 Todo Austriaco se vé lleno de miedo.

En aquellos Estados los Franceses
 Señoreanse triunfantes como dueños,
 Nada se les resiste, todo rinde
 Ya la cervíz á su valor y esfuerzo.

La division que forma la Vanguardia,
 Logró alcanzar entre elevados cerros,
 La Retaguardia de los enemigos,
 Y no la dexa tome algun buen puesto.

El Archiduque Cárlos pronto envía
 Batallones de fuertes Granaderos
 Á sostenerla; pero vióse pronto
 En todos el destrozo mas completo.

Ya la Corte Imperial tiembla y se aturde
 Á Bonaparte tan cercano viendo,
 Pues solo dista de ella veinte leguas,
 Amenazando el invadirla presto.

Echa medidas para su defensa;
 Discurre arbitrios, considera medios;
 Pero el que advierte por el mas prudente
 Es el tratar de paces luego, luego.

En Campo-Formio se ajustan los tratados
 Según del vencedor fueron propuestos;
 Y ved suspenso á Marte en este instante
 Sin encontrar laureles para el premio.

¿Quién cantará sus glorias? Nadie, nadie,
 Palabras faltan á expresar sus hechos;
 Pues solas las acciones de dos años
 No caben en algun entendimiento.

Él venció unos Exércitos tan fuertes
 Qual Italia jamás miró en su suelo,
 Sin quedar General en la Alemania
 Que no venciese ó hiciese prisionero.

Sus Batallas campales y combates
 No tienen exemplar en ningun tiempo;
 Dexando al Austria casi sin cañones,
 Sin víveres, sin gente, y sin dinero.

Él mantuvo la guerra los dos años
Sin pedir á la Francia un solo sueldo;
Ántes sí remitió muchos millones
Para el Tesoro público del Pueblo.

Volvió á París triunfante , donde encuentra
Una Nacion , que en reconocimiento
De sus victorias, tributarle sabe
Los finos testimonios del aprecio.

Entre vivas festivos le reciben:
No se ven de alabarle satisfechos;
Y el Héroe se complace en haber sido
De su satisfaccion el instrumento.

Á Rastad lo destinan en seguida
Con poder pleno para aquel Congreso;
Pero la mala fe, y las lentitudes
En nada se conforman con su genio.

Vuelve á París , y su valor le hace
Meditar el mayor de los proyectos:
La Conquista de Egipto es su designio
Para dar al Ingles un golpe fiero.

Como quiere unas paces generales,
Designios traza , imagina medios
Para lograrlas , y el presente es uno
De los que le sugiere su talento.

Todo se aparejó muy prontamente
Para probar el peligroso intento:
Pero ¿quién es quien vá? ¿No es Bonaparte?
Él es! ha! Pues del lógro no dudemos.

CANTO SEGUNDO.

Dispuesta ya la Esquadra en Tolon , sale
 En el dia veinte del florido Mayo;
 Contando la República Francesa,
 Desde su institucion, el sexto año.

Todas las velas que del Puerto zarpan
 Ciento componen y noventa y quatro;
 Llevando á bordo de sus bellos buques
 Cerca de veinte mil buenos Soldados.

En el dia diez de Junio dieron vista
 Á la Isleta de Gozo , y encontraron
 Otro Comboy salido de la Italia
 Que tres dias ántes habia allí llegado.

Aquella misma tarde Bonaparte,
 Que al paso que valiente es cortesano,
 Al gran Maestre le pidió permiso
 Para hacer agua ; mas le fue negado.

Esta repulsa lo llenó de ira,
 Y ordenó prontamente el desembarco:
 Embiste á Malta , y á pesar del fuego
 La Isla y la Plaza se miró á su mando.

Dió las disposiciones convenientes
 En la Ciudad , y ordenó el embarco;
 Y Nelson atrevido á los tres dias

Llegó á buscarle , mas se halló burlado.

Ocho dias ántes de llegar á Egypto

Manifestó el destino á sus Soldados;

Y en el dia trece del lucido Julio

En la Rada de Alexandría entraron.

Hacia tres dias que de este mismo punto

Se habia la Esquadra Inglesa retirado;

En donde por batir á la Francesa,

Pensando allí encontrarla , habia llegado.

Los hombres del Ejército , que eran

Treinta mil á este tiempo , el desembarco

Hacen feliz ; y acometiendo prontos,

Por todas partes , la Ciudad tomaron.

Los enemigos se refugian luego

Dentro del Fuerte Triangular , y el Faro;

Pero á muy poco sosegóse todo,

Y los Castillos ya capitularon

Dueño hecho , pues , de la Ciudad y Fuertes

Bonaparte , manifestó en su trato

Tal generosidad con los vencidos,

Que de todos el corazon se atrajo.

Proclamas hizo serias á las Tropas,

En ellas el buen orden encargando;

Y de Egypto al Baxá escribe diciendo,

Que solo viene á castigar tiranos.

Que de los Mamelucos y los Beyes

El Comercio Frances vive agraviado;

Y no es justo que sufra ya mas tiempo
Insolencias de hombres tan malvados.

Al punto que el Gobierno provisorio
De Alexandría, le hubo organizado;
Y puso en buen estado el Puerto y Plaza,
Con su Ejército marcha para el Cayro.

Cruza un desierto de catorce leguas,
Donde fueron terribles los trabajos;
Y ya en Romanié, los Mamelucos
Un ligero combate presentaron.

Despues de haber perdido algunos hombres
Hacen su retirada escarmentados;
Pero no obstante espera Murat-Bey
Puesto á una grande frente de Caballos.

Dispuesto Bonaparte á recibirlos,
Intentaron cargarle por los flancos;
Pero hallándole fuerte en todas partes,
La empresa, no sin daño, abandonaron.

Los Franceses siguieron en su marcha
Abrasados del Sol, de todo faltos:
Y el día dos de Agosto en la mañana
Las Egypcias Pirámides miraron.

Encontróse el Ejército á la tarde
En distancia seis leguas del gran Cayro,
Donde se supo que veinte y tres Beyes,
Las fuerzas en Embabe habian juntado.

Al mismo amanecer del otro día

Se encontró la Vanguardia del contrario;
 Persíguela el Frances de Pueblo en Pueblo,
 Haciéndole sufrir bastante daño.

Á las dos de la tarde Bonaparte
 Al enemigo mira atrincherado;
 Y el orden de batalla lo dispone
 De suerte, que haga fuego á todos lados.

Al mirar Murat-Bey un movimiento
 Que hizo Desaix, resolvió atacarlo;
 Y mandó á ello las Tropas mas valientes,
 Con uno de sus Beyes el mas bravo.

El General los dexa aproximarse
 Hasta distancia de cincuenta pasos;
 Y á una descarga fuerte de metralla
 Quedan tendidos muchos en el campo.

Arrójanse no obstante los que viven,
 Con mucha intrepidez, en el espacio
 De las dos divisiones, y allí mismo
 Enteramente quedan derrotados.

Con ímpetu furioso á las trincheras
 Las columnas de ataque se arrojaron:
 Salen los Mamelucos orgullosos,
 Pero en las bayonetas se ensartaron.

Sufrieron una nube tan espesa
 De balas, que se vió el campo sembrado
 De hombres sin vida; y los Franceses pronto
 De las trincheras, pues, se apoderaron.

Al ver los enemigos tal destrozo
Á la fuga se entregan asombrados:
Él Á la izquierda mata innumerables;
Y otros quedaron en el Nilo ahogados.

Perdió en esta Batalla Murat-Bey
Quasi toda la flor de sus Soldados;
Artillería, camellos; y aun él mismo
Quedó en una mexilla señalado.

¿Visteis tal vez de cristalinas piedras
Muy cubiertos los valles, y los llanos,
Por haberlas una terrible nube,
Con el mayor estrépito, arrojado?

Del mismo modo el Campo de batalla
De Mamelucos se miró inundado;
Aunque en lugar de bulliciosas aguas,
Los arroyos de sangre se formaron.

Unos sin vida, otros aun con ella,
Se estaban en su sangre revolcando:
Triste objeto; que á todos manifiesta
Que para Bonaparte no hay contrarios.

Con el grande terror de esta Batalla,
Rindióse luego la Ciudad del Cayro,
Y en seguida se vió todo el Egypto
Por las Ármes Francesas conquistado.

Porque despues de algun otro Combate,
Y brillantes acciones, atacaron
Á Murat-Bey en Sediman, y pronto



Por la segunda vez lo destrozaron.

Á poco tiempo el Cayro se subleva;
 Pero á fuerza de heridas sosegado,
 Se organizó el gobierno, y Bonaparte
 Hacia la Síría puso su cuidado.

El Baxá de esta tierra dió acogida
 Á Ibraim, que ya iba escarmentado;
 Y los preparativos que dispone,
 Contra Napoleon son destinados.

De Europa no hay noticias en Egipto,
 Porque sus Puertos estaban bloqueados
 De los Ingleses, que astutos pretendian
 Ser, pues, de aquellas gentes aliados.

Y si á la Puerta lograban declararla
 Enemiga al Frances, habrian logrado
 Atacar por la mar y por la tierra,
 Obrando unos y otros combinados.

Al Baxá de la Síría, Bonaparte
 Determina batirlo, y castigarlo;
 Y deshacerle los preparativos
 Que para entrar á Egipto habia juntado.

Y sí quedaba amigo con el golpe,
 Darle de nuevo de la Síría el mando;
 Y volverse á batir en el Egipto
 La expedicion de los astutos Anglos.

Todo lo preparó con bello orden:
 Se hizo dueño de Suez por asalto;

Y supo el nombramiento de Dejézar
Para Baxá de Egypto y de Damasco.

De Cathich se apoderá , y hace un Fuerte:
Piezas de sitio , á vista del contrario,
Envia por el mar ; porque el camino,
Para el transporte de ellas , era ingrato.

Con su Ejército marcha Bonaparte,
Sufriendo del desierto los trabajos;
Y una Division sola El-Arisch toma,
Donde tenía el Baxá dos mil Soldados.

Los que en el choque no quedaron muertos,
En el Fuerte , ó Castillo se encerraron;
Y observóse venir un gran Comboy
Con refuerzo de Infantes , y Caballos.

Estas Tropas con gran atrevimiento
Á la vista del Fuerte se acamparon;
Pero una noche cayendo los Franceses
Sobre ellas con furor , las destrozaron.

Á pocos dias se empezó á abrir brecha,
Y los de guarnicion capitularon
Con condicion de ir por el desierto
Hácia Bagdat , como lo executaron.

Marchó Napoleon á Palestina,
Á la Ciudad de Gaza encaminado,
Y halló á Abdalla Baxá en Kan-Lounese
Con muchos Mamelucos acampado.

Manifestó valor en los principios;

Pero no fue otra cosa que aparato:

El Baxá retrocede; y los Franceses,

Sin detención, á Gaza la ocuparon.

Encontráronse en ella provisiones

Muchas de guerra, víveres sobrados:

La Ciudad fue tratada como amiga;

Y la Plaza se puso en buen estado.

El Quartel general á Jaffa marcha,

En donde el enemigo habia juntado

Sus grandes fuerzas, con las que queria

Á los Franceses detener el paso.

Pero apénas se presentaron éstos,

Quando entre las murallas se ha encerrado:

Dispone Bonaparte las trincheras,

Y dió principio el fuego á hacer estragos.

Habiéndose muy breve abierto brecha,

Las órdenes se dan para el asalto;

Executóse activo, y prontamente,

Con la Ciudad, el Fuerte fue tomado.

Siguió, pues, el Ejército su marcha,

Despues que á Jaffa arreglo se hubo dado;

Y pasa las gargantas del Carmelo,

No obstante los esfuerzos del contrario.

De Cayffa se apodera de camino;

Y últimamente se miró acampado

En las alturas de San Juan de Acre,

Plaza á que lo dirige su cuidado.

Á Scheffams, Nazareth, Saffet, Castillos, pronto
 Hizo Napoleon pronto ocuparlos,
 Para cubrir así las avenidas
 Del camino trillado de Damasco.

Se establecen los puestos de bloqueo;
 Se sigue con teson todo trabajo:
 Várias salidas hace el enemigo,
 Y en todas con valor fue rechazado.

El Comodoro Inglés combina una
 Con el Frances Filipino el emigrado;
 Y los Ingleses, que mezclados salen
 Con Mamelucos, fueron castigados.

Quantos á los Franceses se presentan,
 Ó son muertos, ó heridos; sin que un paso
 Puedan adelantar sobre las obras,
 Que con su misma sangre las regaron.

Á poco tiempo sabe Bonaparte,
 Que un Ejército grande se ha formado
 De Mamelucos, Diletis, Alepinos,
 Y Genizaros muchos de Damasco.

La intencion era, á vista de Ácre mismo,
 Atacar en sus puestos á los Francos,
 Al propio tiempo, que el Baxá, salida
 Hiciese, del Ingles acompañado.

Bonaparte conoce, que el batirse
 En aquel mismo sitio, es arriesgado;
 Y dexando dos solas Divisiones,

Pronto marchó con los demas Soldados.

Ya en los combates de Sed-Jarra, y Loubi
Habia sido el contrario castigado;

Pero en una Batalla decisiva,

Era preciso batirlo, y dispersarlo.

¿Visteís Leones que encontrando huida
Del encierro donde los han guardado,
Que arrollando, matando y deshaciendo
Van todo aquello que se presenta al paso?

Pues de este mismo modo los Franceses
Corren al enemigo tan airados,
Que á millares los hechan por el suelo
Unos heridos, otros destrozados.

Presentó la Campaña el mas funesto
Objeto, de hombres muertos y caballos:
Todas las tiendas, camellos, provisiones,
En el poder del Vencedor quedaron.

Todo el que no murió, ligero huye
Lleno de asombro de terror y espanto;
Y Bonaparte al sitio de Ácre vuelve,
Despues que se hubo visto bien vengado.

Siguióse en Ácre el fuego con viveza:
Con la mayor constancia los trabajos:
Prodigios de valor el Frances hace
Contra la obstinacion de los sitiados.

Algunos puestos toman de la Plaza:
En ella estaba ya todo arruinado;

Pero aun así conocé Bonaparte
Que era dexar el sitio necesario.

La estacion en que estaban era propia
Para hacer en Egypto desembarcos;
Y las enfermedades en las Tropas
Ya empezaban á hacer grandes estragos.

Esto á Napoleon la atencion llama
Para dexar la empresa, reflexando,
Que la toma de Ácre no merece
Pérdida de mas dias, ni Soldados.

Mira el fin de su intento ya cumplido
Con haber el Desierto atravesado,
Y al Ejército grande, que marchaba
Contra el Egypto, haberlo destrozado.

Vé que con rapidez quasi increíble
Habíase á pura fuerza apoderado
De los Fuertes y Plazas que defenden
Los pozos del Desierto dilatado.

Vé que á toda la Síria le ha hecho guerra
Solo con un puñado de Soldados;
Y que de Cayffa, Gaza, Jaffa, y Ácre
Las Fortificaciones ha arruinado.

Vé, en fin, que en tres meses tan solos
Ha hecho lo que pide muchos años;
Sin que quedase Bey, Baxá ni Pueblo
En Síria, que no fuese castigado.

Vuelve á Egypto glorioso, donde sabe

Que se pretende hacer un desembarco;
 Y que los Mamelucos muchos juntos
 En protegerlo estaban empeñados.

Parte á ellos, castígalos, disípalos;
 Pero poco despues con desagrado
 Supo, que unas cien velas de los Turcos
 Habian en el Abuquir fondeado.

Que con artillería tres mil hombres
 El desembarco hicieron, y atacaron
 El reducto, que tomaron breve,
 Y del Fuerte tambien se apoderaron.

El Ejército Turco saltó en tierra,
 Al que otras varias Tropas se juntaron;
 Y espera al Bey Murat, y Mamelucos
 Que para unirse estaban avisados.

Hácia el Abuquir marcha Bonaparte,
 Y ventajosa posicion tomando,
 Interceptó con ello los socorros,
 En que los Turcos estaban confiados.

En seguida presenta la batalla
 Con un tan grande ardor, y valor tanto,
 Que á poco tiempo de ella el enemigo
 Estaba herido, muerto, y disipado.

El Comandante en Xéfe de los Turcos
 Prisionero quedó; de sus Soldados
 Muchos tambien; dos mil fueron los muertos
 En la batalla, mas diez mil se ahogaron.

La artillería, con tiendas y bagages, y donde se
Entró en poder de los Republicanos;

Y á poco tiempo Abuquir, aunque fuerte,
Á fuerza de valor fue represado.

Todo el Egipto ya quedó sujeto,
Y el Turco, á su pesar, escarmentado;

Gracias á Bonaparte, quedan breve
Con su valor é ingenio, lo ha logrado.

Lo que este hombre hizo en el Egipto,
Ni un novelista puede imaginarlo;

Á todo pensamiento sobrepuja,
Pero ello es que el mundo lo ha mirado.

Confundíos, pues, ingenios pintorescos,
Que ya en tales acciones llegó el caso,

Que si quereis pintarlas con viveza,
Os falten los colores necesarios.

Quede el mundo aturdido en el Egipto,
Pasmado quede, y quédese asombrado;

Que á Bonaparte llaman en la Francia
Atenciones mayores, mas cuidados.

Por su presencia todo el Pueblo clama,
En él espera su feliz estado;

Él oye los clamores desde léjos,
Y resuelve volver á sosegarlos.

Manda armar á Gantheaume dos Fragatas,
Una Tartana, y un Aviso; y dando

Providencias secretas para Egipto,

Se embarcó y dió á la vela con recato.

Despues de navegar treinta y seis dias,
Con gran felicidad, arribó á Ayacio;
Dividida encontró la Isla en partidos,
Mas logró reunirlos sin trabajo.

Entró en la Francia, y el Pueblo llena el viento
De vivas, que le da para obsequiarlo;
Pues el contento de ver á su remedio
Pareció enloquecer al mas sensato.

Nada hicistes en esto, Pueblo inmenso,
Para el que faltan premios adequados:
No sabes lo que vale Bónaparte
En tu grande terreno colocado.

No faltaba en París quien le mirase
Con poco afecto, por preveer acaso
Que habia de deshacer las injusticias,
Que el interés estaba alimentando.

Ello era cierto: los Representantes
De la Nacion habían llegado á un grado
De corrupcion, que á dar á pique iba
El hermoso Bagel Republicano.

Ningun plan diplomático habia fixo:
Ningun sistema de gobierno sábio:
La codicia tragábase los bienes,
Y las familias se iban arruinando.

Todos los ramos, todos los resortes,
Manifestaban de confusion un caos;

Todo es desórden , que para el remedio
Necesitaba un poderoso brazo.

Pero el de Bonaparte está en la Francia,
Que es al que otro ninguno le ha alcanzado;
Y sab á castigar las insolencias,
Y arreglar todo en el mejor estado.

En efecto ; con el mayor sigilo
Unido Bonaparte á los Ancianos,
Á su disposicion quedan las Tropas,
Para obrar con arreglo á lo acordado.

En un instante deshizo el Directorio,
Llegó á San Cloud , donde trasladados
Los Quinientos , trataban aturridos
Sobre aquel mismo inesperado caso.

Entró en la Sala llevando en compañía
Algunos Granaderos desarmados;
Comnuévase el Consejo ; se levanta,
Y cerca á Bonaparte amotinado.

Con un puñal herirlo un Vocal quiere,
Cuyo golpe , lo reparó un Soldado;
Y porque quiso Luciano Bonaparte
Contenerlos , tambien fue amenazado.

El Gene al Lefebre á este momento
Entró con Granaderos bien armados:
Sacó á Napoleon , y éste dió orden
Para que libertasen á su hermano.

Por último se oyeron los tambores,

Y la Tropa tercera vez entrando, todo es desorden
En aquel gran Salon de los Quinientos
Lo desocupa, y cesan en el mando.

Hecho ya esto se formó el Consejo,
En Junta general de los Ancianos;
Y á Sieyes, Rogér, ex-Directores,
Con Bonaparte Cónsules crearon.

Provisional Gobierno fue éste entonces;
Pues despues primer Cónsul fue nombrado
Bonaparte; segundo Cambaceres,
Y tercero Lebrun es señalado.

Toma el Héroe las riendas del Gobierno
Que necesitan del mayor cuidado;
Pues tenía la República enemigos
Los mas astutos, y los mas osados.

Su primera atención fue, prontamente
Sosegar del Vende los revelados;
Los unos por los medios mas suaves,
Los otros por los medios mas ayrados.

Breve se atrajo á sí el amor de todos
Con su gobierno tan benigno, y sabio:
Todo lo organizó, y se vió la aurora
Lucir en el País Republicano.

La lista suprimio de los proscriptos,
Y libres declaró á los emigrados:
Y en este estado toma las medidas,
Para que todo quede sosegado.

Conoce que la guerra mas activa
Es el medio preciso de lograrlo;
Y el teatro la Italia, que en su ausencia
El enemigo había reconquistado.

Un Ejército forma de reserva
Con cincuenta mil hombres voluntarios,
Y puesto en marcha para la Ginebra
Allí fue el primer Cónsul á alcanzarlo.

Pasó revista de él, y lo dirige
Hacia el monte del grande San Bernardo;
Y á pesar de los riesgos que presenta,
Por allí determina hacer el paso.

Infunde miedo, asombra, atemoriza
Ver este monte seco, y escarpado:
En él se miran solo precipicios;
Y despeños se ven á todos lados.

Pero ¡ha! para el Héroe no hay peligros;
Todo lo vence, todo lo hace llano:
Con sus palabras llenas de energía
Su espíritu traspasa á sus Soldados.

Por último aquel paso que parece
Pueden solo las aves practicarlo,
El primer Cónsul lo ejecuta á fuerza
De ingenio, de valor, y de trabajo.

Doscientos pies él mismo se desliza
Por una altura; exemplo el mas bizarro
Para que sus Soldados valor cobren,

Y nada, nada les sirva de embarazo.

El paso ya vencido sobre Aost marchan,
Del que sin detencion se apoderaron:
Castigaron muy bien al enemigo,
Y muchos prisioneros le tomaron.

Á Chatillon camina la Vanguardia,
Donde al contrario halló fortificado
Sobre un Puente, que tiene un precipicio,
Que imposible parece superarlo.

Mas las Tropas que lleva al primer Cónsul
No saben detenerse en pasos malos:
Embisten sin mirar dificultades,
Y al punto al enemigo lo arrollaron.

Despues llegó al contrario gran refuerzo
De Turin, Piamonte, y otros varios
Parages; y entónces ya le hizo
Fixarse en las alturas de Romano.

Para guardar el paso de Chiusela
Puso quatro mil hombres de á caballo,
Infantes cinco mil, muchos cañones;
Pero no advierte que trabaja en vano.

Embisten los Franceses, y deshacen
Todo aquel tren, todo aquel aparato:
Muchos matan, muchos caballos toman,
Y de éstos muere el General Austriaco.

Luego en seguida con combates fuertes
Toman á Suza, Brúnète y á Chivasso,

À Vercelli, á Santhia, Biella, Trino,
Cresentino, Novarra, y Masserano.

El simplon pasan con aliento grande,
Y dos fuertes Ciudades ocuparon
Al mismo tiempo que el General Moncey
Atravesaba el monte San Gotardo.

Veinte mil combatientes traía éste,
Que de Tropas del Rin se habian sacado,
Dirigiéndose aprisa á Bellinsona,
Hácia el lago mayor y hácia Lugano.

Pasó el Thesin Murat, á la presencia
Del primer Cósul, quando ya arrollado
Dexaba al enemigo, que en Tubígo
Se quiso recoger, pero fue echado.

Un plan de operaciones tan discreto,
Y con tanto discurso meditado;
Solo Napoleon, que es grande en todo,
Lo pudiera (sin duda) haber formado.

Él hace discurrir á todo el mundo
Que los Franceses son como los rayos;
Que á todas partes van rápidamente,
Sin que impedirse puedan sus estragos,

Nadie resiste á su furor violento:
Todo se rinde á su valor extraño;
Milan lo diga, Plasencia, y Estradella,
Leco y Cremona, de que se apoderaron.

El Pó será tambien muy buen testigo,

Que queriendo impedirles su mal paso
Los enemigos, fueron prontamente
Muchos cautivos, todos derrotados.

En Montevello trabóse una batalla
Donde indecisa la victoria un rato
Estuvo, porque era mas crecido
El número de Tropas del contrario.

Pero Watrin apenas paso logra,
Y con su Division se acerca al campo,
Quando el triunfo lograron los Franceses,
El destrozo mayor executando.

Dase á la fuga confuso el enemigo:
La bayoneta la muerte le va dando,
Y la metralla quasi á quema-ropa
La confusion aumenta, y el estrago.

Piezas de artillería, y Generales
Con seis mil prisioneros se tomaron;
Y el campo de cadáveres cubierto
Cantó el valor de los Republicanos.

Á Melas, General, este suceso
Hízolo entónces ya mas avisado,
Pues vé ha de combatir con Bonaparte,
Que es en el mundo el único Soldado.

El primer Cónsul á buscarle parte,
Y hácia Marengo lo encontró acampado:
Era ya tarde; dió disposiciones,
Y se acostó á dormir muy descuidado.

Al otro dia en orden de batalla
 Al Ejército puso; y éste osado
 La empeñó en todos puntos, y ámbas partes
 Á pelear furiosas empezaron.

El encarnizamiento era terrible:
 Los cañones tronaban con espanto:
 El humo forma nubes horrorosas:
 Los mosquetes causaban mucho estrago.

Á centenares caen los hombres muertos:
 Los heridos á miles van sacando:
 Las piernas, pues, habian dexado unos
 En la misma campaña; otros los brazos.

El Ála izquierda del Frances empieza
 Á ceder con desorden; y observado
 Por Bonaparte, ordena movimientos,
 Corriendo á todas partes como un rayo.

Él mismo quiso al frente de unas Tropas
 Cargar al enemigo por el flanco;
 Pero la voz de todos se oye y dice:
 Que no quieren al Cónsul arriesgarlo.

Entónces el Soldado se hace fiero:
 No hay peligro que pueda intimidarlo:
 Quiere mas bien la muerte que la fuga,
 Y se resuelve á executar mandatos.

Bonaparte la retirada arregla
 Con bello orden, no obstante estar debaxo
 De ochenta piezas de la artillería,



Que precedía en la marcha á los Austriacos.

No parecen cañones sino etnas,
 Que vomitaban fuego con peñascos:
 Pero el Frances, no obstante tanta furia,
 Hizo sus movimientos arreglados.

Ya el enemigo cantar quiere victoria
 Pretendiendo al Ejército cercarlo;
 Y mas quando Tortona hizo salida,
 Y en todas partes se miró cortado.

En el centro animaba Bonaparte
 Á sus valientes, que defienden bravos
 La ruta de la marcha, en que se miran
 Encerrados por uno y otro lado.

Forma arroyos la sangre derramada
 De los mas fuertes y valientes Francos;
 Indomable el valor sufre la muerte
 De un enemigo superior y ayrado.

Las balas de cañon, qual granizada,
 Troncos y hombres hacían mil pedazos;
 Y el Ejército estaba á media tarde
 En el mas triste y deplorable estado.

De tres trozos el uno en el transporte
 De los heridos hallábase ocupado:
 Los Oficiales se ausentaron muchos,
 De la hambre y la sed bien fatigados.

Pero en el medio de los combatientes
 (Que sin cesar morían á su lado)

Bonaparte se hallaba muy sereno,
 Disposicion y arreglo á todo dando.

Á que saliese del peligro grande
 Sin cesar le gritaban los Soldados;
 Pero el Cónsul no teme cosa alguna,
 Que á morir ó vencer está arrestado.

Recogió el mayor golpe de las Tropas
 En un desfiladero, que forzarlo
 No podia el enemigo, que esperaba
 Esta ocasion para despedazarlo.

Pero he aquí que en estas circunstancias,
 Desaix y Monnier se han divisado,
 No obstante que una marcha de diez leguas
 Forzadamente habian executado.

Renace en los Francéses la esperanza:
 Comete Melas un error muy craso;
 Que fue, para cercarlos y batirlos,
 El estender sus alas demasiado.

Aunque le pareció que el movimiento
 Lo habia bastantemente disfrazado,
 El primer Cónsul lo advirtió al instante,
 Y contó con el triunfo ya en su mano.

Dió unas disposiciones las mas sabias,
 Aunque en executarlas pasó rato;
 Hácese la señal, y al enemigo
 Á un tiempo, pues, los cuerpos atacaron.

¡Quién podrá aquí pintar de este torrente

El vigor que le da lo represado!

Y ¿si para su fuerza no hay murallas,

Quánto ménos habrá cuerpos humanos?

Allí se arrollan todos los Infantes:

Ruedan en la campaña los Caballos:

Y jamás la guadaña de la muerte

En combates mas vidas ha quitado.

El viento se confunde con las voces;

Tiembla la tierra al ver estrago tanto:

La luz se oculta de humo combatida;

Y parece que el sol queda pasmado.

¡Qué confusion! ¡qué asombro! No hay palabras

Que puedan el horror manifestarlo:

Montes de muertos véñse en la campaña;

Ayes de heridos óyense en el Campo.

Aun entrada la noche, los Franceses

Estan despedazando, y destrozando

Todo lo que delante se les pone,

Sin poder resistir nada á sus brazos.

Las sombras causa son de que no acaben:

Con todo aquel Ejército contrario:

Pero los hombres que perdió tan breve,

Se hace dificultoso el numerarlos.

Bonaparte tan solo lograr pudo

Este gran triunfo, que era inesperado:

Otro que él, sin su valor é ingenio,

Lo hubiera pronto al enemigo dado.

En fin con este golpe decisivo,
 Volvieron al Poder Republicano
 Las plazas del Pia-Monte y Lombardía;
 Y un armisticio la quietud atraxo.

Detúvose en Milan el primer Cónsul,
 Para reorganizar aquel Estado:
 Por todas partes órdenes bien sabias
 Dexó, y hácia París se ha encaminado.

Á media noche en esta Corte entra,
 Para evitar del Pueblo los aplausos:
 Moderacion que no hubiera tenido.
 Otro Héroe ménos digno, y ménos sabio.

No le faltaron á este grande hombre:
 Émulos viles, infames y malvados:
 Várias veces se libra de la muerte,
 Que le procuran, por prodigio claro.

El Cielo lo defiende, y el se empeña
 En ser benigno y en hacerse amado:
 Todo lo atiende; vigila sobre todo;
 Y hácia todo se estiende su cuidado.

Firmó la paz con Austria en Luneville,
 Y el sosiego del mar premeditando,
 Al Gabinete Inglés hace apacibles
 Propositiones para efectuarlo.

Logróse al fin la paz tan deseada
 Por un solemne y público tratado
 Al que concurre Francia, España, Olanda,

Tambien Inglaterra, y fue firmado.

Afecto se mostró al catolicismo:

Concluye con el Papa un Concordato;

Mira el Pueblo su vigilancia en todo,

Y Cónsul de por vida le ha nombrado.

La Italiana República asimismo

Presidente lo elige de su Estado:

Y viendo al mundo en paz el primer Cónsul

Al bien público atiende, no al privado.

Oye á los afligidos con dulzura:

Benigno escucha al pobre Ciudadano:

Objeto todos son de su cariño

El chico, el grande, el rico, el artesano.

La industria favorece y la fomenta:

Visita los talleres con cuidado:

Reanima su presencia al fabricante;

Y toma con empeño los trabajos.

Y ved al mismo, que quando combate

Exércitos destroza con su brazo,

Ahora los instrumentos de las artes

Apacible maneja con su mano.

¿Quién creyera que un hombre hacer pudiera

En la campaña, y en el Consejo tanto?

Tú lo miras ó mundo; no es novela:

Admirarlo sí puedes, no dudarlo.



CANTO TERCERO.

Lleno de gloria y de felicidades
 Se encuentra el Grande Pueblo de la Francia;
 Gracias al primer Cónsul que ha elegido;
 A su desvelo y á su cuydado gracias.

La Nacion lo conoce agradecida:
 Vé que asesinos de su muerte tratan,
 Para envolverla en confusion y horrores,
 En miserias, desdichas, y degracias.

Advierte, pues, que el medio mas seguro
 De mantenerse quieta en su bonanza,
 Es dar al Héroe, de quien la ha logrado,
 Suprema autoridad en gobernarla.

La grandeza Imperial quiere ofrecerle,
 Que sea en su familia hereditaria;
 Pues así solo puede conservarse
 La gloria que por él tiene alcanzada.

El gran Senado así lo determina:
 Diputaciones á el efecto mandan
 Varios Departamentos, y en fin todos
 Por el Imperio en Bónaparte claman.

El Ejército ya, Senado, y Pueblo,
 Unánimes sus votos le consagran:
 Por todas partes el júbilo se advierte;

Y en todos la alegría se derrama.

El día dos de Diciembre se destina

Para que sea su testa coronada;

Y al mismo tiempo consagrado sea

Por las manos del séptimo Pio, Papa.

Esto le dicta su laudable zelo

Por la Iglesia Católica Romana;

Dando así á conocer á todo el mundo,

Que ella es la verdadera, ella la santa.

Llegó en fin á París el Santo Padre

Á celebrar funcion tan deseada;

Y la anunciaron el día señalado,

De artillería repetidas salvas.

Salen sus Magestades Imperiales

En carroza tan rica y bien labrada,

Que apuró el arte todos sus primores

Quando se vió obligado á trabajarla.

Ocho caballes del color mas bello

Con jaezes que á todos encantaban

Tiraban de ella, con tanto señorío,

Que parecía que el juicio les guiaba.

En la del Papa é Imperial Carrozas,

Las coronas de oro se miraban,

Sostenidas en águilas hermosas

Que llevaban las álas desplegadas.

Los vecinos con gran primor adornan

En las calles del paso las fachadas,

Con festones de flores , ricas telas ;

Con pinturas muy bellas , y guirnaldas,

El acompañamiento es tan lucido,

Que indispensablemente enagenaba ;

Y con aclamaciones repetidas

El viento en vibracion continua estaba.

Jamás vió Roma en sus hermosos triunfos

Tanta grandeza , ni magestad tanta :

La pluma no es capaz de describirla ,

Porque no encuentra voces adequadas.

Llegan sus Magestades á la Iglesia ;

Y el Padre Santo de su trono pasa

Al Altar , en donde entona el hymno

Veni Creator , para implorar la gracia.

Hizo el Emperador luego en seguida

La profesion de fe , que expuso el Papa ;

Para lo que tocó con ámbas manos

Los Evangelios de la Ley sagrada.

Su Santidad bendixo las coronas ,

Los anillos , los mantos , y la espada ,

Y á las dos Magestades llevó al trono ,

Que á los pies de la Iglesia puesto estaba.

El grande Emperador en él sentado ,

La oracion el Santo Padre canta ;

Un ósculo le dió ya concluida ,

Y vuelto al Pueblo profirió en voz alta.....

Vivat , dice , *Imperator in æternum* ;

Y en el momento un grito se levanta,
 Que resuena en las bóvedas del Templo
 Manifestando una alegría estraña.

Viva el Emperador óyese, y viva
 La Emperatriz Augusta Soberana;
 Guárdelos, pues, el Cielo muchos años
 Para ser las delicias de la Francia.

La Misa concluida, luego hizo
 Su Magestad, en voz bien alta y clara,
 El juramento propio de su cargo,
 En el que prometía cosas varias.

Vuelven á resonar vivas alegres,
 Y el *Te Deum* con magestad se canta;
 Y concluido el acto se siguieron
 Las funciones magníficas y raras.

En este estado el Soberano Augusto
 Da á conocer, que el gran poder que alcanza,
 Es para dedicarlo unicamente
 Á la felicidad de los que manda.

¡Ha! En él encuentra un amoroso asilo
 La viuda que se vé desamparada;
 El huérfano, y el pobre desvalido
 Son tierno objeto de su grande alma.

¿Habeis mirado á la benigna aurora
 Que su rocío con profusion derrama,
 Sin que carezca de sus influencias
 Ni el árbol fuerte, ni la débil planta?

Así el Emperador siempre benigno,
 Su recto proceder á todo alcanza;
 Sin que se oculte á su cuidado atento
 Ni el gran palacio, ni la pagiza casa.

La quietud quiere de su grande Pueblo,
 Que habia sufrido una fatiga larga,
 Por todas partes cercado de contrarios,
 Que su total destrozo procuraban.

Deseaba tambien la Paz de Europa,
 Que los Ingleses ya tenian turbada,
 Quebrantando la fe de los tratados,
 Y faltando á las leyes mas sagradas.

Súfielo, pues, su corazon valiente,
 Por evitar desastres y desgracias,
 Y hace proposiciones las mas justas
 Al Gabinete de la Gran Bretaña.

No atendió á la razon aquel Gobierno
 Su perfidia la manifiesta clara;
 Pero al Emperador le es de consuelo
 El ver que el Continente paz lograba.

Por obligar á ella á esta Potencia,
 Ya habia algun tiempo que se preparaba
 Para una expedicion contra la Isla,
 Que tan soberbia y tan altiva estaba.

Todo crearlo se hizo indispensable:
 Construyéanse sin dilacion Esquadras:
 Ábrense Puertos á fuerza de la industria;

Y grandes campamentos se levantan.

Las fuerzas del Imperio se reúnen:
Formáronse las Tropas en las playas;
Y practicando operaciones nuevas,
Para unos nuevos triunfos se preparan.

Pero el Inglés por impedir el golpe,
Con la mayor astucia trabajaba
En poner á la Europa en movimiento,
Con una coalición contra la Francia.

A la fuerza del oro consiguióla
Con Rusia, con Suecia, y Alemania;
Y estas potencias sin mayor reflexa
Ponen sus Tropas, pues, sobre las armas.

¡Ó Bretaña cruel! ¡qué es lo que piensas!
¡Es posible que quieras inhumana
Fomentar una guerra donde corra
La sangre por la tierra como el agua!

¡Es posible que siempre turbulenta
En estragos de Marte te complazcas,
Y quieras ver á los mejores hombres
Tendidos muertos sobre la campaña!

¡Es posible que encuentres tu consuelo,
En ver que con rigor se despedazan
Las gentes mas lucidas de la tierra,
Y de los Pueblos la porcion mas sana!

¡No te conmueves al mirar que ayrados
Unos hombres á otros se hacen rajas;

Que se siembran los campos de cabezas,
Brazos, y piernas rotas por las balas!

¡Ha! ¡de la humanidad y del sosiego
Pareces enemiga declarada!

Pero qu n poco lograr  tu astucia,
Contra el Héroe que   los Franceses manda.

  qu n vanas saldrán tus pretensiones!
  qu n poco durarán tus esperanzas!

Esperas ver,   Inglaterra, pronto
Totalmente tus miras trastornadas.

El Austria, en fin, invade   la Baviera,
Que del Pueblo Frances era aliada.

Y ésta es la voz mas clara y mas sin duda
Con que la guerra   éste tambien declara.

V se obligado Napoleon el grande,
Mirando ya la guerra comenzada,

  repeler la fuerza con la fuerza;
Y para hacerlo hácia el Austria marcha.

De las playas del mar de la Bolo a
Retir  sus legiones veteranas,

Y al frente de ellas puesto, las combida
  triunfar nuevamente en la Alemania.

Desde Straburgo da disposiciones
Las mas bien concebidas las mas sabias;

Y con velocidad increible llega
  donde el enemigo se encontraba.

Despues de acciones prontas y gloriosas,

De algunas divisiones; se prepara

En Wertingen combate muy furioso

Con un Cuerpo de Tropas Alemanas.

Cércanlas los Franceses con denuedo;

Y en dos horas apénas de batalla,

Cogen cañones, banderas, y bagages;

Y Soldados son pocos los que escapan.

Siguióse la batalla de Gunzburgo

En la que el enemigo se esforzaba

Á pelear, llegando cuerpo á cuerpo

Á medir unos y otros las espadas.

Pero á pesar de tanta resistencia,

Se hizo dueño el Frances de la campaña,

Quedando con porcion de artillería,

Y en una posicion aventajada.

Pónese cerco á Ulma ciudad grande,

Por todas partes bien fortificada:

Hacen una salida los contrarios

Hácia Albek, pero salióles cara.

Mil y quinientos prisioneros dexan,

Y muchos muertos, aun con la ventaja

De en número exceder á los Franceses,

Que en el puesto atacado se encontraban.

El gran Napoleon, activo siempre,

Á todo atiende con suma vigilancia:

Sin que los hielos puedan detenerle;

Sin que las nieves turben su constancia.

Da órdenes á un tiempo á todas partes;
 Y acometer al enemigo manda:
 El puente de Elchingén tomóse pronto,
 Con tres mil prisioneros de su guardia.

Los puentes de Unterkircher y Oberkircher
 Se ocuparon con prontitud estraña;
 Del mismo modo la boca del de Ulma,
 Lo que atrajo el desorden de la Plaza.

Las Tropas de Murat, Lannes, y Ney
 Para el asalto fórmanse en batalla,
 Y Marmont con Dragones desmontados
 La Ciudad por el rio bloqueaba.

Era terrible el dia por el frio,
 Por mucho barro y excesivas aguas;
 Pero el Soldado todo lo desprecia,
 Viendo á su Emperador que lo alentaba.

Ocho dias habia, que las botas
 Llenas de lodo, no se las quitaba;
 No es fácil explicar lo que sufría,
 Ni lo que en tan mal tiempo trabajaba.

Antes de dar el golpe determina
 Hacer en la Ciudad una llamada,
 Intimando se rinda por no verla
 Con la sangre de muchos anegada.

Teme Lichtensteina, y tambien teme
 Mak General, y capitular tratan;
 Y en efecto dispuestos los convenios,

Entregaron esta soberbia Plaza.

Treinta y seis mil fueron los prisioneros;
Y se vé al acabar esta jornada,
Que siendo ochenta mil Austriacos ántes,
Apénas veinte y cinco mil quedaban.

De tal suerte, que en solo quince dias,
Fuera de la Baviera ya se hallaba
El enemigo, todo aniquilado,
Perdidas sus vánderas y sus ármás.

Solo el Emperador de los Franceses
Pudiera conseguir empresa tanta;
Pues sabe unir á su talento grande
La rapidéz pasmosa de sus marchas.

Con su velocidad á Mak deshizo
Los proyectos que en Ulma meditaba;
Viéndose prisionero con sus Tropas,
Quando al Frances muy léjos lo juzgaba.

Ulma tomada, Napoleon dirige
Sus pasos á Viena, y en la marcha
Quanto oponerse quiere va arrollando;
Y haciendo suyas las mejores Plazas.

Sin que los Rusos (qué hallándose á este tiempo
Unidos á las Tropas Alemanas)
Pudiesen resistir ningun ataque,
Ni ménos sostener la Retaguardia.

En Diernstein una batalla dióse,
Que no será jamás bien ponderada;

Porque treinta mil Rusos no pudieron
Con quatro mil Franceses que los cargan.

Su posicion valientes conservaron
Muchas horas en esta gran batalla;
Mil y quinientos Rusos aprisionan,
Y los muertos á quatro mil alcanzan.

En fin el gran Napoleon entra en Viena,
Que el Aleman dexó desocupada,
Llevándose la Corte y Ministerio
Á la Ciudad de Brun en la Moravia.

Provisiones de guerra innumerables
En esta Capital hermosa halla;
Trata á sus habitantes muy benigno,
Y el tráfico y comercio no se para.

Nombra Gobernador, nombra Intendente,
Generales, del Austria baxa, y alta;
Y dexando la Corte en buen estado,
Se dirigió para las abanzadas.

Todo lo corren las Francesas Tropas;
Todo lo trillan, todo lo avasallan:
La Moravia, la Ungría, la Boemia
Ven con silencio sus triunfantes ármes.

En Juntersdokf alcanzan á los Rusos,
Y deshecha les fue la Retaguardia;
Doce cañones pierden y cien carros,
Y Soldados son pocos los que escapan.

Entra el Emperador de los Franceses

En Brun , de donde huyó el de Austria;
 Y hallóse provision bastante grande
 De fusiles , de pólvora , y de balas.

El Aleman á Olmutz se ha retirado
 Donde bastante breve fue su estancia,
 Pues del Francés seguido y acosado,
 Hácia Polonia dirigió su marcha.

Llegó el Emperador de los Franceses
 Á vista de Vischau , donde halla
 Á las espaldas de esta Ciudad fuerte ,
 Al Ejército Ruso y su Monarca.

Á éste el Francés para cumplimentarle
 Á su Edecan Savari le despacha;
 Y el Ruso , pues , para corresponderle
 Á Dolgoruki que es el suyo manda.

Este Oficial , á quien conocimientos
 En la carrera militar faltaban,
 Se imaginó que ya medio batido
 El Ejército franco se encontraba.

Con poco acierto habló á su Soberano,
 Moviéndolo á empeñar una batalla;
 Y sin querer oír á los Austriacos
 Determina Alexandro presentarla.

Dexan su posición la mas segura
 Las Tropas Rusas , y atrevidas marchan
 Á cercar al Francés por la derecha
 Á corto trecho de sus abanzadas.

Presentábanse á tiro de pistola
 Por la frontera de las grandes guardias,
 Y en una línea, pues, de quatro leguas,
 Marchando ufanamente desfilaban.

Napoleon conoce la impericia,
 La presuncion, orgullo, y arrogancia
 De los Xéfes que á estas valientes Tropas
 Las mueven, las dirigen, y las mandan,

Prometiósse al instante la victoria:
 Procuró quanto pudo alucinarlas,
 Dándoles á entender que las temia;
 Y logró de ellas lo que deseaba.

Una proclama hizo á sus Soldados
 Llena de fuego, llena de eficacia;
 Enciéndense, y desean solamente
 Acometer á la enemiga audacia.

Al fin se presentó el dos de Diciembre
 Tan despejada, y tan lucida el Alva,
 Que en todo el Orizonte no permite,
 Que se coloque una pequeña mancha.

Daba á entender que celebrar quería,
 Con el hecho mas grande de las armas,
 El cumple años de haberse coronado
 Emperador, el que á la Francia manda.

Este Invencible en su caballo monta,
 Y á que el Sol se divise solo aguarda:
 Y á este instante sus Mariscales todos

À sus puestos con ligereza marchan.

Dase principio cortando la derecha:

Del enemigo, que se vió atacada,

Quando juzgaba ser la atacadora,

Y al instante medio batida estaba.

Todos los Cuerpos principian á moverse

Con la disposicion mas arreglada:

Empieza el cañoneo mas terrible

Que jamás miró Marte en la campaña.

Doscientas bocas de bolcanes hechan

Tanto golpe de fuego, y tanta bala,

Que parece que todo el campo arde,

Y que nubes de globos se formaban.

El monte se estremece, el llano tiembla;

Y parece que quieren las montañas

Abrirse y desgajarse á tanto estruendo:

Todo asombra, y asusta; todo pasma.

La muerte anda corriendo por las filas

Haciendo estragos que á Belona espantan:

Por el medio del cuero parte á unos;

Y desde arriba á baxo, á otros los raja.

Por unas partes van volando brazos;

Por otras partes las cabezas saltan;

Muchas piernas se miran divididas,

Y en lagunas de sangre todo nada.

¡O que objeto tan mísero y terrible!

¡O que escena tan triste y desgraciada!

Júpiter mismo se suspende absorto;
Y al mismo Marte admiracion le causa.

Á poco del combate el Ála izquierda
Del enemigo estaba ya cortada;
Y el Monarca de Rusia á socorrerla
Su Guardia valerosa pronto manda.

Arrolla un batallon Frances de linea
Lo vé Napoleon que cerca estaba:
Manda á Bessieres con sus Invencibles,
Y á las manos llegaron ámbas Guardias.

Duró muy poco la decisión del choque,
Pues á pocos instantes derrotada
La Guardia Rusa fue, y su artillería,
Y las vanderas quedaron por la Francia.

Testigos fueron de esta gran derrota
Los Príncipes de Rusia y Alemania;
Y conocen muy bien que á los Franceses,
Bien dirigidos, no resiste nada.

En este mismo instante el centro Franco
Hácia los enemigos se adelanta;
Y el Ála izquierda valerosa embiste,
Logrando en varios choques gran ventaja.

Los Coraceros se apoderan luego
De las inmensas baterias contrarias:
Entró la confusion entró el desorden,
Y los Rusos de huir solo trataban.

Un enemigo cuerpo, que había sido

Echado de su puesto, se encontraba
 En una hondura, en la que tenía
 Una laguna grande á las espaldas.

Pronto el Emperador hacía este sitio
 Con veinte piezas de artillería marcha;
 Y mudando este Cuerpo posiciones,
 La última fue el arrojarse al agua.

Veinte mil hombres se echan á los lagos
 En los que ahogados con su vida acaban;
 Y dos columnas de ocho mil Soldados
 Les fue preciso allí rendir las armas.

Quince mil Rusos miranse sembrados
 Y regados con sangre en la campaña;
 De suerte que victoria tan completa
 En todas las historias no se halla.

Vanderas Rusas quarenta se cogieron
 Entre ellas las de la Imperial Guardia;
 Ciento y cincuenta fueron los cañones;
 De veinte mil los prisioneros pasan.

Diez Generales Rusos quedan muertos;
 Retirándose heridos los que escapan;
 En fin el golpe dado es decisivo;
 Él es sin duda el que la guerra acaba.

Este es el resultado de la horrenda
 Terrible, memorable, y gran batalla (*)

(*) De Austerlitz.

En que se hallaron tres Emperadores,
El de Francia, de Rusia, y Alemania.

Ésta es la que á Napoleon el grande
Hasta lo sumo del valor exálta:
Ésta es la que confunde, y la que cubre
De los myáores Héroeos las hazañas.

En dos meses tan solos ha logrado
El tener la Babiera conquistada;
Mirarse dueño del Império Austriaco,
Y hacer baxar al Ruso su arrogancia.

El Aleman sumiso le visita,
Y con la Inglaterra se descarga:
La paz pretende; y un armisticio al pronto
Quedó arreglado entre los dos Monarcas.

Pudo el Héroe Frances haber logrado
Que ni uno de los Rusos se escapara;
Pero los dexó ir con condiciones
Respectivas á evaquacion y marchas.

Á todo accedió el Ruso prontamente
Al mirar que el dexarlo es pura gracia:
Garantía quiso dar; mas se contenta
El Monarca Frances con su palabra.

En fin, Presburgo, que es capital de Ungría,
Para tratar de paces se señala;
Y en el día veinte y siete de Diciembre,
En la misma Ciudad fueron firmadas.

Queda en sosiego el Continente todo:

Nadie se atreverá á turbar su calma;
 Porque al Emperador de los Franceses
 Todo se rinde, todo se avasalla.

Á su voz, y á la fuerza de su brazo
 Los Reynos tiemblan, las Naciones callan;
 Quando habla, sin responder se escucha;
 Sin réplica se obra quando manda.

¿Quién discurriera, pues, que un hombre solo
 Pudiera tanto; tanto executara?
 Si la experiencia no lo hubiera dicho,
 El discurso jamás lo imaginara.

Buscad, ó hombres, que habitais el globo,
 En todos los parages que el Sol baña,
 Algun Héroe que compararse pueda
 Con este asombro que á la tierra espanta.

Si á Exércitos muy grandes de los Persas
 Alexandro venció, es cosa clara
 Que eran gentes á quienes el buen orden,
 Xéfes y disciplina les faltaba.

Si los Romanos mucho conquistaron,
 En ello se miró la misma causa;
 Y á pesar de sus bravos Capitanes,
 Despacio las Conquistas caminaban.

Pero el Emperador de los Franceses
 Ha combatido con Naciones sabias;
 Contra los Xéfes del valor mas grande;
 Contra Tropas las mas disciplinadas.

Con Exércitos grandes se ha batido,
 De aquellos esforzados, que á la Francia:
 Baxo la direccion del grande Eugenio,
 Causaron funestísimas desgracias.

Á todos ha vencido y sojuzgado,
 Con tanta prontitud, presteza tanta,
 Que parece ha logrado las victorias
 Antes que dar pudiese las batallas.

Su gran velocidad nadie la piensa;
 Ni el discurso mas penetrante alcanza:
 Él ha volado, ha visto y ha vencido
 Quantas veces ha estado en la campaña.

En todas partes sus triunfos se publican
 En la Europa, en el África y el Asia:
 En todas partes su valor sintieron:
 Ninguna fuerza á contenerlo basta.

No hay duda que al Inglés dará escarmiento
 Sintiendo esta Nacion tan obstinada,
 La fuerza de su brazo y de su ingenio;
 Y sangre llorará por su desgracia.

Ahora bien, Musas, ved que en estos cantos
 Se han expresado poco mas que nada,
 El mérito, las glorias, las grandezas
 Del asombroso Héroe de la Francia.

La culpa no está en mí; vosotras mismas
 Os encontrais esta ocasion sin gracias:
 No lo estraño tampoco, que el asunto

No se puede explicar con las palabras.

Solo podreis dar á entender su gloria

Trabajando á millones las guirnaldas:

Y tú, Fama, preven ya nuevas trompas,

Porque de nada sirven las usadas.

Y en fin, pues con palabras no podeis

El mérito expresar, Ninfas Castalias,

Del gran Napoleon; decid siquiera....

Que viva felizmente edades largas.